

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072



DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 28 DE JULIO DE 1904

NÚM. 21

LA INUNDACIÓN

Los pobladores de la costa del Luján se hallan en continua agitación. Hace tres días que no duermen. Ved lo que pasó.

Es en Otoño y ha llovido mucho. El estrecho, tortuoso y pobre hilo de agua, tranquilo y triste en los días abrumantes de la canícula, tiene hoy un aspecto verdaderamente terrible. Es un torrente, formidablemente descatador, que cruza arrollando cien-
das frágiles, árboles añosos, cercos mal contruidos. Todo cede á su grito de muerte. Sobre el turbión van las víctimas, siendo tal el impetu de arrastre de las aguas, que el destrozado pasa, en un vértigo. Y apenas el ojo percibe la forma de un objeto ó cosa, ésta ha desaparecido en la corriente.

Con paso tan rápido avanza la inundación que los habitantes de las casas cercanas al río casi no tienen tiempo de poner en salto sus vidas. Cuatro ó cinco animosos que pretendieron luchar contra el poder de la furia, han sido rechazados por el torbellino.

Hay quejas en el viento que sopla del sud-este. Diríase cargado con sollozos de madres, vagidos de niños, convulsiones de moribundos. La atmósfera gris confunde en el horizonte con el color monótono del agua que corre por todas partes, inundándolo todo, barriendo el suelo con impulsos de exterminio. Una fuerza ignota la empuja. Parece que en su seno fuera escondido el rencor.

El cuadro es sombrío y trágico: Ved cómo aquella embarcación miserable, cieja y de pequeños remos, ha sido hecha pedazos, sacudida ferrozmente por la masa líquida. Iban en ella dos bizarros mozos, que haciendo esfuerzos inauditos pretenden ahora alcanzar á nadarla orilla.

Hay que socorrerles. ¿Qué ánimo noble, qué brazo fuerte irá en su ayuda?

Contemplad la escena. Varios jinetes desenrollan sus lazos y los lanzan al río. Ellos servirán, tal vez, de cables de salvación. Pero la distancia es enorme. Los bizarros mozos aparecen y desaparecen, como á doscientos metros, sobre el cauce profundo.

Los caballos, hundidos hasta el sobaco en un fangal, permanecen allí inmóviles y asustados. De pronto, con movimientos dolorosos, avanzan azuzados por las voces salvajes de sus dueños. Jadean después y lanzan quejidos. Entonces se detienen de nuevo y haciendo girar las caras, ridiculamente melancólicas, parecen indicar que les ha invadido la angustia. No pueden más... Y en ese preciso instante los bizarros mocetones desaparecen para siempre en el remolino que ruje. Sus cadáveres surgirán mañana entre el limo del torrente que fecundizará la tierra...



Faltan camas en el Hospital

ALBERTO GHIRALDO.

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *❖* CASA DE CONFIANZA

Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS
*
“TRES CORONAS”
*
HABANOS

G. San Germier
POR CINCO PESOS *↘*
Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *
ALFALFA DE LA PAMPA
Calle LIMA, 1165 *❖* BUENOS AIRES
8

LOS OBREROS Casa fundada * en 1884 *
DE
FEDERICO ROVEDA
ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES
Calle DEFENSA núm. 619
OTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo
7

I. Bonansea
CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO
Calle MORENO núm. 990
« BUENOS AIRES »
5

Justino B. Lamarque
CIRUJANO - DENTISTA
Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública
Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6
Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES
15

Pinturería y Ferrería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR
DE JOSUÉ BENZONI
Surtido general de Ferrería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.
DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES
6

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

| EN LA CAPITAL: | | EN EL INTERIOR: | |
|----------------------------|---------|-----------------|---------|
| Trimestre | \$ 1.20 | Trimestre | \$ 1.80 |
| Año | » 4.80 | Semestre | » 3.50 |
| Exterior: \$ 4.—oro al año | | Año | » 6.— |

Número suelto: 10 centavos — Provincias: 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 28 DE JULIO DE 1904

NÚM. 21

A propósito del Vegetarismo

...Uno se admira, al leer los periódicos, de que todas las atrocidades de la guerra de China no sean un sueño feo, una lamentable realidad. ¿Cómo es posible que hombres que hayan tenido la dicha de ser acariciados por sus madres, y de escuchar en las escuelas las palabras de justicia y de bondad, cómo es posible que esas fieras de cara humana encuentren gusto en amarrar los chinos unos á otros por sus vestidos ó sus colas para lanzarlos al río? ¿Cómo es posible que maten á los heridos y que hagan abundar sus tumbas á los prisioneros antes de fusilarlos? ¿Y quiénes son esos horrosos asesinos? Son gentes que nos asemejan que estudian y leen como nosotros, que tienen hermanos, amigos, una mujer ó una novia; y tarde ó temprano estamos expuestos á encontrarlos, á estrecharles la mano sin encontrar los vestigios de la sangre derramada! ¿Pero no hay acaso una relación directa de causa á efecto entre la alimentación de esos verdugos que se dicen "civilizados" y sus actos feroces? Ellos también se han acostumbrado á ponderar la carne sangrienta como generadora de salud, de fuerza y de inteligencia. Ellos también entran sin repugnancia en las carnicerías donde uno resbala sobre un piso rojizo, donde se respira el olor acre de la sangre! ¿Hay acaso una diferencia tan grande entre el cadáver de un buey y el de un hombre? Los miembros descuartizados, las entrañas mezcladas del uno y del otro se parecen mucho: la matanza del primero facilita el asesinato (1) del segundo, sobre todo cuando resuena la orden del jefe y que se oyen de lejos las palabras del señor soberano coronado: "¡Sed implacables!..."

....No es una depresión el mencionar los horrosos de la guerra á propósito de las hecatombes de animales y de los banquetes para los carnívoros. El régimen de alimentación corresponde del todo á las costumbres de los individuos.

La sangre llama á la sangre. A este respecto cada cual puede evocar sus recuerdos sobre los hombres que ha conocido, y ninguna duda podrá subsistir en su espíritu ante el contraste que, de un modo general, presentan los grandes comedores de carne, los ávidos bebedores de sangre, comparados á los vegetarianos, con sus costumbres amenas, la dulzura de su carácter y la igualdad de su vida.

....Para la gran mayoría de los vegetarianos, la cuestión no es de saber que su músculo es más sólido que el de los carnívoros, ni tampoco que su organismo presenta mayor cúmulo de resistencia contra los choques de la vida y los peligros de la muerte, lo que no deja de ser muy importante: para ellos se trata de reconocer la solidaridad de afectión y de bondad que une al hombre al animal; se trata de extender á nuestros así llamados hermanos inferiores el sentimiento que en la especie humana ha puesto ya fin al canibalismo. Las razones que podían evocar en el pasado los antropófagos contra el abandono de la carne humana en la alimentación diaria, tenían el mismo valor que aquellos que usan hoy los simples carnívoros. El caballo y el buey, el conejo, la liebre y el venado nos convienen más como amigos que como carne. Debemos conservarlos, ya sea como compañeros de trabajo respetados, ya como simples asociados en la alegría de vivir y de amar.

....Pero no se trata de ningún modo entre nosotros de fundar

(1) Entre nosotros Sarmiento ha hecho una observación análoga al hablar de la facilidad con que el gaucho mata á sus semejantes.

una nueva religión y de atenernos á ella con un dogmatismo de sectarios: se trata de hacer nuestra existencia tan hermosa como sea posible y de conformarla en cuanto dependa de nosotros á las condiciones estéticas del medio en que vivimos.

Así como nuestros antepasados llegaron á tener náuseas al comer la carne de sus semejantes y dejaron un buen día de adornar sus mesas con carne humana; así como entre los carnívoros actuales hay muchos que se negarían á comer la carne del noble caballo, compañero del hombre, ó la del perro y de los gatos, los huéspedes acariciados del hogar, así también nos repugna á nosotros beber la sangre y triturar entre nuestros dientes el músculo del buey, el animal que nos da el pan. Anhelamos no oír más la voz de los corderos, el mugido de las vacas, el gruñido y los gritos estridentes de los chanchos que se conducen al cama; aspiramos al tiempo cuando ya no pasaremos más, corriendo, para acortar el horrosos minuto, ante un lugar de matanza, con sus riachuelos sanguinolentos, sus filas de Aceros perfumados de los que cuelgan cadáveres, su personal manchado de sangre, armados con horribles cuchillos. Tenemos, en fin, el deseo de vivir en un lugar donde no correremos más peligro de ver carnicerías llenas de cadáveres, al lado de tiendas de sederías ó de alhajas, al frente de la farmacia ó del mostrador con frutas perfumadas, ó de la bella librería, adornada con grabados vistosos, estatuas y obras de arte. Queremos en trono nuestro un medio que guste á la vista y que armonice con la belleza. Y dado que los fisiólogos; dado—mejor aún— que nuestra propia experiencia nos dice que esta fea alimentación de carnes disfrazadas no es necesaria para sostener nuestra existencia, nosotros dejaremos todos esos horribles alimentos que gustaban á nuestros antepasados y gustan aún á la mayor parte de nuestros contemporáneos. Nos atrevemos á esperar que, antes de mucho, éstos tendrán la delicadeza de esconder su alimentación. Los camales han sido ya relegados á los arrabales apartados, que las carnicerías sigan el mismo camino, acomodándose, como los posebres, en los rincones oscuros.

...Todo lo que es feo en las personas, en los actos, en la vida, en la naturaleza que nos rodea, he ahí el enemigo por excelencia. Volvámolos bellos nosotros mismos y que nuestra vida sea bella.

¿Cuáles son, pues, los alimentos que parecen adaptarse mejor á nuestro ideal de belleza, tanto en su naturaleza como en la preparación á que tendrán que ser sometidos? Esos alimentos son precisamente los que en todo tiempo fueron los más apreciados por los hombres de vida sencilla y que pueden mejor que ningún otro pasarse de los artificios engañosos de la cocina. Son los huevos, los granos y las frutas, es decir, los productos de la vida animal y de la vida vegetal, los cuales representan á un mismo tiempo en los organismos el descanso temporal, de la vitalidad y la concentración de los elementos necesarios á la formación de nueva vida. Los huevos del animal, los granos de la planta, las frutas de los árboles representan el fin de un organismo que ya no es, el principio de un organismo que no es aún. El hombre los recoje para su alimentación sin matar el ser que los da, visto que se han formado en el punto de contacto entre dos generaciones. Por lo demás, los sabios que se ocupan de una agricultura (no nos dicen que el huevo del animal ó de la planta es el recipiente por excelencia de todo elemento vital? *Omne vivum ex ovo.* ("Todo ser viviente proviene de un germen". El aforismo biológico de Harvey).

ELISEO RECLUS.

LECTURAS

Es necesario que la instrucción de la mujer sea cada día mayor, que trabaje para aumentar el caudal de sus conocimientos, procurando estudiar los elementos de las ciencias todas á fin de que ella misma comprenda, sin el auxilio de nadie, la gran misión que le está confiada y tenga fuerzas bastantes para realizarla.

PI Y MARGALL.

HIDALGO, Ascasubi, del Campo, Gutiérrez también afrontaron la empresa; pero unos se quedaron a mitad de camino, y el que llegó, del Campo, no lo hizo tan lucidamente como Hernández: llegó, pero con el caballo cansado. Hidalgo y Ascasubi dieron los primeros pasos, es verdad, en esa senda recién abierta al arte poético en la selva literaria argentina; pero no pasaron adelante, y su obra, meritoria en detalle, es pequeña y carente de unidad: había en ellos el gaucho, pero no piensa ni siente en ellos; se han apropiado sus palabras, más no su espíritu. Gutiérrez, que pudo ser en ese género un buen artista, no lo fué. Su obra es precipitada y desahogada. El gaucho que él nos pinta, no es tal gaucho. Marcadamente irreal, es en todas sus obras el mismo absurdo tipo. Juan Moreira, Juan Cuello, Santos Vega, Pastor Luna, Hormiga Negra, distintos nombres de un mismo personaje: un gaucho siempre bravo hasta la temeridad; siempre noble hasta el martirio; siempre injustamente perseguido hasta la desesperación; bueno, inteligente; invencible en el amor, en el juego y en la lucha; nunca tiene un defecto, jamás un error; pelea cien veces con las partidas policíacas, en lucha desigual de uno contra veinte, y las vence otras tantas, hasta que al fin cae prisionero, víctima de una traición. El gaucho de Gutiérrez es el protagonista imposible de cualquier novela caballeresca: un Amadís de Gaula, un Oliveros vestido de chiripá y bota de potro, cuyo pujante brazo basta y sobra para luchar con cincuenta mil moros y vencerlos.

Del Campo no es así, apesar de sus fallas. Su obra, el Fausto, es obra de artista. En el plan y en la ejecución, resulta bella: aquel, original, verdadero y lógico; ésta, segura, variada, elegante y vigorosa. Alzase su autor, a veces, a las más elevadas regiones del arte: pero desciende otras (duele decirlo) con afilente languidez. Y es que el desaliño, vicio común a todos los escritores de nuestra época, por decirlo así, plutónica y a muchos de la actual, le domina, dejando ver el descuido, la falta de trabajo de la obra, que no fué brufada sufriendoamente.

Por eso el gaucho de del Campo ve, como lo haría Martín Fierro.

“las olas chicas cansadas,
que á la playa á gatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas”;

pero, también, lo que éste no podría ver jamás:

“en la espuma encrespada,
los colores de la aurora”.

Martín Fierro no ha visto nunca la aurora: sólo conoce las madrugadas claras,

“cuando la luz en el cielo
empezaba á coloriar,
los pájaros á cantar
y las gallinas á apiarse”.

Y este (no apuntando hasta ahora, que yo sepa, por ninguno de los que de obra se ocuparon) es uno de los más culminantes méritos del poema, pues solo un ingenio de primera clase consigue sostener su personaje siempre el mismo, en las más variadas y antitéticas circunstancias. Así lo hace Hernández. Martín Fierro es en todo momento el gaucho: cuando habla, cuando piensa, cuando siente; en la estancia, en el fortín, en la pulpería, en el juego, en las elecciones, en el tolder del indio; en la política, en el amor, en la filosofía, en el arte y en la religión. Y nótese que Martín Fierro abarca toda la vida del gaucho, mostrándola hasta en sus más leves detalles, sin decaer en un solo punto; y así le vemos, de poncho y botas, desde cuando arregla tranquilos las pilchas de su apero, hasta cuando vuela enardecido por las más altas regiones de la poesía. Así fueron todos los grandes personajes literarios, desde Aquiles hasta D. Quijote; y no han sido así los creados por los poetas que cultivaron entre nosotros el estilo gauchesco, incluso el mayor, del Campo, que más de una vez abandona á su D. Pollo y su D. Laguna y vuela él solo cuando se trata de volar muy alto; mientras que Martín Fierro, él mismo, en persona, sube hasta las estrellas, “que le parecen más bellas cuando uno es más desgraciado”; baja hasta el fondo del mar, “donde los pejes nacieron”; se hunde en la noche, y oye “esos ruidos que uno siente sin saber de donde vienen”; llega hasta el centro de la tierra. “¿dónde viven bramando los volcanes que echan fuego; estudia la ley, y halla que “es como el cuchillo que no ofende á quien lo maneja” ó “como tela de araña, que la ruepe el bicho grande y sólo enrieda á los chicos”; reflexiona sobre el amor, y aunque reconoce á la mujer la más noble generosidad, pues “lo ayuda si es desgraciado,—y con afán cariñoso,—y usté talvez ni un reboso—ni una pollera le ha dao”—concluye no obstante, que quien se quiera casar,

“con esta alvertencia sea:
que es muy difícil guardar
prenda que otro cudiesa”;

filosofa sobre la vida humana, y su amarga práctica de desgraciado que le hizo dolorosamente escéptico, le enseña con brutal certidumbre, que él “tiene la suerte del guey: arando pa que otros coman”, porque “son campanas de palo las razones de los pobres”, y porque en el concepto de la clase que dirije la sociedad en que él vive, “el gaucho es como la lana se limpia y compone á palos”.

Así es D. Quijote, honra y prez de la literatura latina. Siempre el mismo en todas partes: ora en el sarao, garboso y digno de porte, de hablar pulido y galante; ora en la estupenda batalla, cuando carga, sobre un ejército ó arremete contra un desemejado cayán, bravo hasta la temeridad, ferviente hasta el delirio, ora en el amor, sumiso y fiel, tímido y respetuoso; tanto en el triunfo, cuando tras cruza y nunca vista batalla, se encuentra vencedor por la virtud de su prepotente brazo, como cuando cae maltrecho y tundido bajo la estaca del yangüés ó el puño del cabrero.

Y no os cause enojo el parangón: que al fin el humilde gaucho y el perliustre caballero son de la misma raza y por sus venas corre sangre de Leovigildos y Pelayos. Sí, la raza los une á pesar del tiempo y la distancia, y, más que la raza, el arte. Que si cifre con gloriosa aureola la frente de D. Quijote, no de otro modo rodea la de Martín Fierro: tal como el sol: que igualmente riega su oro sobre el lago cristalino y el oscuro charco, bastándole para el efecto que uno y otro sean capaces de reflejar el cielo.

Ya pedís imaginar cuan bella, que original y novedosa debe de presentarse la naturaleza vista al través del cristal del alma gaucha. En tan extraño kaleidoscopio, qué hermosos y nunca visto juegos de luz sobre las cosas que pasan. Y es que la mente de Hernández es poderosa mente que permite ver con nitida claridad hasta el más leve detalle, hasta el más recóndito aspecto de cuanto cae bajo su foco; y es que la luz de su nimen es luz de sol que, al reflejarse sobre la parda nube del alma gaucha, enciende en ella el arco-iris de la poesía, cuyas multicolores fajas son desde el rojo sangriento de la piel, hasta el verde claro de la esperanza; desde el amarillo del desencanto hasta el naranjado del escepticismo; desde el violeta de la nostalgia hasta el ceruleo azul del ideal.

Nadie aprovechó como Hernández la riqueza de esa mina literaria que es el gaucho. Otros la descubrieron, y hasta la explotaron, pero en pequeña escala, considerándola quizás de escaso rendimiento ó hallándose incapaces de trabajar el desconocido metal de sus vetas; más aquel extraño orfebre pónese a la tarea y llega al fin; y entonces es de ver el primor, de ese cincelado con que afligra en éstas la rica y rara pedrería de su imaginación, cuyo inquieto brillo, titilando de mil relucientes colores, deslumbra la vista con un tobernillo de centelleos. Allí están enredándose en los hilos de sus luces, la verde esmeralda de la metáfora, el llamante rubí de la hipérbole el multicolor diamante de la comparación, el encendido coral de antítesis, y la nota patética del crepuscular topacio y la nostálgica de la amatista, y la candorosa de la perla y la celestialmente alegre del lázuli.

Contar una por una esas piedras, estudiar rasgo por rasgo ese prodigioso cincelado, fuera tarea de que prescindo en obsequio á la brevedad, pues para hacerlo sería menester dar lectura de todo el poema desde el primero hasta el último verso. Sin embargo, permitidme mostrar algunos detalles como prueba de lo que lleva expuesto. Ved esta estrofa, y decidme si son posibles mayor concisión, mayor exactitud, más vigor, más nitidez en esta pintura do salvaje encerrada en los cuatro rasgos de seis versos octosilabos:

“Tiemblan las carnes al verlo
Volando al viento la cerda,
La rienda en la mano izquierda
Y la lanza en la derecha,
Ande endierza abre brecha,
Pues no hay lanzazo que pierda”.

Mirad cómo son las imágenes de Hernández, cuán brillantes, que originales y exactas. Canta Martín Fierro:

Me siento en el plan de un bajo
A cantar este argumento.
Como si soplara el viento,
Hago tritar los pastos,
Hago oros, copas y banos,
Juega allí mi pensamiento”.

.....

“Cuando la tormenta brama,
El mar, que todo lo encierra,
Canta de un modo que aterra,
Como si el mundo temblara;
Parece que se quejara
De que lo estreche la tierra.”

NADA más despótico que la costumbre cuando arraiga en las sociedades. El medio ambiente cambia bajo la impulsión del progreso material, que arrolla todas las barreras. La ciencia bate en brecha los prejuicios y los errores; las ideas se modifican ante los horizontes que el saber ensancha. Pero hay ciertas costumbres que resisten su integralidad moral, amarradas en un dogmatismo de reiteración, con el lábaro de los viejos pergaminos.

Todos condena la guerra, pero la costumbre de hacerla, heredada de los pueblos bárbaros, sigue practicándose hasta por los naciones que marchan á la cabeza de la civilización moderna.

Se conviene en que el lujo desmedido precariza las energías, encerva la voluntad, estimula la envidia, aviva el odio de clases y termina su acción corrosiva por la ruina de las hogares; pero su hábito sigue imponiendo la ley... desde el mismo cerebro intelectual del mundo. Quien aspire á ser tomado en cuenta debe vestir "á la parisiense". De ahí la abundancia de los personajes de sacstreria, el rastacuermismo profesional, el incremento de las casas de modas y el crack consiguiente de sus tributarios.

El juego es también una costumbre de antigua data, que se bate victoriosamente contra las leyes escritas; y por un convencionalismo inadmisibles para la lógica (mentira convencional) por cuanto refracta toda solidaridad moral, los amigos lo mismo que los prójimos, van á las carpetas á conspirar recíprocamente contra el bolsillo respectivo.

Tiene igual abolengo el prejuicio obscurantista que esclaviza intelectualmente á la mujer, por mucho que algunos pensadores—minoría ya casi desaparecida—hayan tratado de disimularlo con frases eficientistas más que con argumentos de peso, pagando tributo al medio y á la costumbre—madre de los pecados, según Tolstoi—más que al progreso moral y á la razón científica.

Fascia además que la costumbre que no tiene por base la razón y la justicia es una tiranía aristocrática. La naturaleza inclina al mal, decía Aristoteles, y luego llega á hacerse difícil el variar de hábitos. El hábito es un monstruo que devora todo sentimiento.

El cinismo de las costumbres es la pérdida del cuerpo político, ha dicho Napoleón; y si es exacto que la mujer es quien hace las costumbres, como ha establecido Tocqueville, se convendrá forzosamente en la necesidad de levantarla á la altura del hombre, arrancándola de la debilidad física y el pupilaje mental á que la ha condenado la exageración de esas costumbres, pues no es lógico—y es por otra parte antihistórico—admitir que la mujer se hubiese condenado á sí misma, originariamente, á la esclavitud.

Suelo repetirse generalmente este estribillo, que ya tiene alguna edad: la mujer ha nacido exclusivamente para el hogar, pero también antes del cristianismo se entendía que había venido al mundo sólo para ser esclava.

Diffundida la ley cristiana, incorporada la mujer á la sociedad con cierta relativa autonomía propia, señalése la civilización por el más hermoso de sus progresos morales.

Se había abolido la esclavitud absoluta de la mitad más bella de los seres racionales. La belleza y la sensibilidad quedaban libres... Pero el egoísmo de los hombres, que dominaron siempre por la razón de la fuerza muscular, retuvo todavía como rehen la inteligencia de la mujer. Y esa incautación subsiste como ley de la costumbre, á pesar de que la imponen muchas veces hombres físicamente más débiles que la generalidad de las mujeres. A la razón muscular podría oponerse—sin salir de lo antiguo y entre muchos otros casos elocuentes— el ejemplo de aquellas guerreras amazonas que conquistaron el Asia, y el de la bohemia Vlasta, que, persiguiendo la emancipación absoluta de las de su sexo, llegó á fundar una ciudad con mujeres, en la cual resistió heroicamente durante ocho años contra fuerzas superiores.

No negaremos, empero, que la labor doméstica sea más propia del sexo llamado débil que del fuerte; lo que no aceptamos es la exclusividad, en el sentido de que la actividad femenina no ultrapase sino por excepción los límites de su hogar.

La mujer debe tener libertad y aptitudes para salir de su casa siempre que lo reclame la conservación de sus hijos, de sus padres, de sus hermanos, de su esposo enfermo y sin recursos ó de sus hermanos huérfanos. La que no tenga familia debe tener condiciones para bastarse á sí misma.

¿En qué época han vivido las mujeres enclaustradas en su hogar, aún sin una profesión que las llame fuera de él por algunas horas? ¿No van al paseo, al teatro, á la iglesia, á visitar sus relaciones, etc., las que disfrutan de posición? ¿No acuden á su tarea las que necesitan ganar el pan para sus hijos fuera de su casa?

Y si aceptamos que una mujer, casada ó soltera, ocupa lógicamente un puesto enseñando en la escuela—transgrediendo ya con esa aceptación la ley del estribillo—¿por qué hallaríamos mal que concurrese igualmente á dar lecciones de música ó de canto, que poseyese y practicase la

contabilidad, la teneduría de libros, el notariado, el comercio, el empo'e, la ingeniería, la medicina, la abogacía, el periodismo, etc?

Una mujer ilustrada será siempre más apta para encaminar educacionalmente á sus hijos, y aquí del proverbio salomónico: "La mujer sabia edifica su casa; la necia destruirá con sus manos la edificada". Se sostiene irreflexivamente que una mujer ilustrada tratará siempre de dominar á su marido, y que ésto, por el contrario, dulcifica el carácter, estableciendo regularmente el dominio sobre las ligerezas ó los ímpetus. Las mujeres mandonas son las que quedan á medio educar, las que se instruyen superficialmente, las marisabidillas. Es más susceptible de amoldarse á sus deberes de esposa y de madre aquella que no lee, que la que se infatúa leyendo algo.

Abonemos esta tesis con la opinión de dos grandes sociólogos.

Decía Stuart Mill que el hombre que se casa con una mujer inferior en inteligencia y saber, encuentra siempre en ella algún obstáculo, y á que es peor, una fuerza de resistencia que vencer siempre que aspire á mejorar de condiciones.

He aquí ahora el concepto de Dubocq, publicista y filósofo del siglo XVI:

"Las mujeres deben aprender en los libros las reglas de su deber á fin de que no las corrompan nunca los malos ejemplos; que ellas puedan distinguir la mentira de la verdad y tengan armas para defenderse contra los que no piensan sino en seducirlas y hacer alarde de sorprenderlas con engaños.

"No puedo menos de reirme cuando pienso en el error de Francisco, duque de Bretaña, que demostró un amor extremo por la princesa Isabel de Escocia al saber que nunca había estudiado nada, imaginándose que una mujer sabe bastante si puede distinguir una camisa de un saco. La estimación en que el tal duque tenía á los ignorantes, me induce á creer que había jurado no amar sino á sus semejantes.

"Los que desconfían de una mujer porque ésta tiene alguna instrucción, son verdaderamente espíritus débiles que merecen lo que temen, fundan sus sospechas y sus celos en los mismos motivos que deberían darles mayor seguridad".

LUIS BONAPARTE.

'TIPOS MODERNOS...'



El Procurador—Soy el cuco del Casero. ¡Hum!

Las obras de misericordia son quince. Las catorce ya conocidas y esta que yo agregó: "Levantar al caído, moral y materialmente."

Nadie quiere pensar corto momento en el trato salvaje y la tortura, con que pagan los hombres tu cordura y trabajos ¡mansísimo jumento!

Nadie traza jamás cuatro renglones ni se siente moderno Don Quijote que, tomando la pluma ó el garrote, te defiende con palos ó razones.

Todos ven impasibles tus penares, todos pagan con *leña* tus servicios y, comiendo tan solo desperdicios, en la carga no quieres que repares. Y lo mismo los altos que los bajos, que los viejos, chiquillos y chiquillas, todos buscan los leves á costillas, sin comer y sufriendo mil trabajos.

En que tires sin pausa del arado y conduzcas los *chismes* del tendero, del gitano, mendigo y arriero, y no digas que te hallas fatigado; en que cargues de forma inusitada y no corran tus pies, sinó que vuelen, todos piensan, más nunca darte suelen un puñado siquiera de cebada.

En tu clase de burro eres un santo, mártir digno de estátuas *ecuestrias*, por lo que yo, rompiendo las rutinas, te bendigo y ofrezco. este mi canto.

En justicia te debo comparar al sufrido, marcial, fiero soldado que, peor que las máquinas tratado, como á ti, no le quieren sustentar.

Su descanso las máquinas disfrutan, trabajar nunca pueden sin limpieza, y sin grasa no corre ni una pieza, y las rotas por nuevas se conmutan.

Sin mirar si la máquina ha *comido* ningún dueño trabajos la confía, mientras quieren trabajo noche y día, sin comer, el jumento, por sufrido.

Todos suelen cargarte sin mirar si te dejan las tripas bien untadas, y las piezas caducas renovadas, y si puedes la carga soportar: pues lo mismo comiendo que ayunando, que con chico ó con grande cargamento, con la vara por único sustentó; vacilante y rendido, irás marchando.

Dos guiñapos componen tu aparejo, unas sogas embridan tus quijadas, tus pezuñas van siempre desherradas y *á estacazos* te esquilan el pellejo. Aunque tengas el cuerpo destrozado con heridas que viertan sangre á chorro, y estés cojo, maltrecho y por tu morro la cebada en un mes no haya pasado; aunque cuentes los años por centurias y no puedas derecho sustentarte, nunca esperes que dejen de cargarte, ni te alivien ayunos y penurias, No pretendas cebada ni quietud, nunca sueñes con actos de piedad, y no aguardes te dé la Humanidad una leve señal de gratitud.

¿Recompensa?—Figura trasnochada, locución desprovista de sentido.

¿Compasión?—Monumento derruido. ¿Altruismo?—Grandísima bobada.

Son ingratos los hombres muchas veces, más contigo lo son toda la vida, pues te pagan con misera comida tus servicios, dolores y estrecheces.

Asno, burro, jumento, eres llamado, nombres todos anuncio de baja; cuando eres portento de grandeza, mártir digno de ser glorificado.

En el Mundo jamás ver he podido animal tan paciente y laborioso, tan *honrado*, constante y generoso, y que sea tan mal retribuido.

Todos quieren, ansiosos, explotarte, porque ganas á Job en la paciencia más respeto lograras y clemencia si te alzaras en coces, al pegarte; pues con harta frecuencia y dura suerte, reparamos que sigue nuestro Mundo dirigido, sin tregua de segundo, por las leyes tiranas del más fuerte.

Que los amos te miran con respeto, que te quieran y traten con piedad, que disfrutes reposo y libertad, que de yerba y cebada estés repleto y que finen tus penas y tus males, te desea este misero poeta, que defiende, que ama y que respeta á los pobres caídos animales, y asegura que, junto á sus deberes, gozar deben *derechos* como el hombre, aunque tal aserción al mundo asombre y la nieguen mil sabios pareceres.

JOSÉ M.^a BLÁZQUEZ DE PEDRO.

DE NUESTRO CANJE

A cuatro años de Penitenciaría condenaron los tribunales de San Nicolás, días pasados, á un pobre ladrón de un caballo! Las reformas recientemente sancionadas al Código en lo correccional y penal, establecen penas severísimas para estos pequeños delitos de raterías, lesiones en pelea, etcétera. Ya se vé por el caso referido de los cuatro años de Penitenciaría por robo de un triste caballo; y ayer mismo el juez doctor Ortiz, de La Plata, ha pronunciado sentencia de idéntica tremenda penalidad de los cuatro años de mortificante y duro invierno para pequeños delinquentes de robos de animales en el Tandil.

Todo esto de las terribles cargas de la ley penal para con los saboreadores de la fruta del cercado ajeno; y para los grandes delinquentes de la administración pública, los desfalcaadores de la renta fiscal, y esos otros numerosos y audaces ladrones de las libertades y derechos electorales ¿qué dice, qué penalidad establecen los códigos de los draconianos castigos al hurtador de un caballo ó de una oveja? A este respecto de los grandes delinquentes, que se roban la hacienda de los pueblos y destruyen su crédito y su honor ante propios y extraños, las leyes son mansas y relativamente tolerantes.

Pero menos mal, si la inequidad en la aplicación de los castigos según el grado moral y material de las faltas y la responsabilidad de sus autores, tuvieran en la práctica su merecida sanción.

Y es lo que por desgracia no ocurre. La ley de amnistía, hecha de expreso para salvar de leves represiones á los

Mojarras y bagres

mistificadores del sufragio libre, prueba acabadamente la inexistencia de la justicia en la justicia legal y su interés del funcionalismo público.

Los que luchan desde abajo porque nos acerquemos al reinado de la igualdad ante la ley, tienen mucho camino que recorrer hasta realizar sus generosos anhelos.

Hay la inequidad de las leyes, reforzada ó agravada en sus aplicaciones, llega al barbarismo de sepultar en lóbregas celdas y por cuatro años, al ladrón de un caballo; mientras que para los ladrones de la riqueza y la prosperidad públicas, que tan á lo vivo representan las instituciones asentadas en el gobierno libre, con sus urnas legales y demás—gonan de los aires de libertad, de posiciones y honores oficiales. Qué contraste!

En las redes cárceles están hoy los pececillos habiéndolas roto los bagres y tiburones que precipitaron á la nación á su descrédito y su empobrecimiento económico.

En nuestra tierra, cumple á la verdad bien sentida y comprobado, manifestarlo, no hay justicia. Por eso ya no existe la corriente inmigratoria ni hay sosiego en los hogares de las familias modestas y laboriosas.

Para los verdaderos ladrones, títulos honoríficos y lindas y sábroas posiciones en el ancho margen de los presupuestos de favor que sufra el pueblo.

Y para el que mata su hambre con la oveja del ricoacho vecino, cuatro años de Penitenciaría!

Qué salvajes y corrompidos
(La Ley, de Mercedes).



Himno de las Ciudades

París

La Comuna

Es el grito de guerra que presagia
La redención del mundo: es el soberbio
Grito lanzado en torno de las llamas,
Desde el fondo más rojo del incendio,
En los días más grandes de la historia
Que abrirá el libro de los Tiempos Nuevos.

Es el rojo pedón de los ideales
Que en la bárbara noche de los pueblos
Luce como una estrella de bonanza
¡Y es un dolor ardiendo!
Pero un dolor que dice: ¡soy aurora!
¡Y es la aurora del día de los siervos!

Es la locura de las almas trágicas
—Honra y fama del mundo—cuyo aliento,
—Fulgor de tempestades y amarguras,—
Va despertando amores, destruyendo!
¡Semilla de dolor, la flor de vida
Salpicada de púrpura está abriendo!

Chicago

Las horcas

Una aureola de sangre corona toda idea.
Allí, Chicago! Enorme se alza la roja mancha;
Es de sangre y de fuego: quema y empapa el mundo.
Va extendiendo sus bordes y va sublevando almas.

Lenguas de los ahorcados ¡como hablais á los pueblos!
¡Cómo estruenden tus voces! fuertes como el martirio
Ellas dicen de vientos redentores que un día
Barriendo árboles viejos, fórmulas y prejuicios

Soplarán de repente; tempestades de iras
—Locas como venganzas— que empujan las ideas,
Tempestades de iras que cruzarán llevando
Cadáveres podridos á la crugiente hoguera.

¡Todos de piel! ¡a la lucha! ¡Ni Dios, ni Ley, ni Patria!
¡Cada hombre sea un ejército; nadie obedezca á nadie!
¡Ni altares, ni sanciones, ni banderas!
¡No encuentren los esclavos donde atarse!

Allí, Chicago! El crimen el símbolo maldito.
Allí, Chicago! Gólgota de las ideas nuevas.
¡Que una verdad nos una, que un dolor nos anime,
Que la voz de esos muertos suene en toda la tierra!

Barcelona

El incendio

Es un gran caudal de sombras: el dolor flota en los vientos
Ya la sangre de los héroes ha empapado las tinieblas
Y los vapores rojizos que en la altura se iluminan
Proyectan luz de venganza sobre las almas abiertas.

Todo lo grande, lo fuerte, lo gigante, lo atrevido
Que dentro del ser llevamos, eso que es la fuerza-idea,
Se alza vibrante y se agita, se sacude y convulsiona
Cual enorme lucha de olas sobre un mar sin riberas.

¡A semilla del incendio ha encontrado el surco pronto;
Ya en la fabril Barcelona se hace flamear la bandera
Roja de las destrucciones, la bandera redentora;
Y el dolor, el gran fecundo, sigue preñando á la tierra.

Buenos Aires

Flor de amor

En alas del amor y el sacrificio,
Como paran los cóndores su vuelo
Coronadas de luz, las redentoras
Ideas han llegado hasta tu suelo.

¡Ya está el gérmen en tí! Serás fecunda.
Fuerza y dolor engendran tu heroísmo;
Al mezclarse las razas en tu vientre
Harán surgir la luz desde el abismo.

¡Ya está el gérmen en tí! Ya nada puedo
Bruto aborigen, ni mandón de afuera
Ante el abrazo de las nuevas huestes
Bajo el rojo color de su bandera.

¡Ya está el gérmen en tí! Soplan los vientos
Iracundos, las fuerzas regresivas
Libran, muriendo, el postrimer combate
Con las bravas ideas subversivas.

Leyes infames, bárbaras coyundas
Que el tirano forjó, la muchedumbre
Hundirá con estrepito de mudos
Que desplomados caen sobre su herrumbre.

Aquí, sobre tu suelo vigoroso
Ya rogado con sangre de martirio
El nuevo sol que inunda el universo
Lanza hoy sus rayos y fecunda un lirio.



SERENIDAD

EL miedo se apodera del mundo. Italia se prepara á convocar otro congreso internacional contra el anarquismo. Rusia tiembla. Alemania suprime las sociedades y los periódicos anarquistas. Se prepara una nota invitando á las potencias á expulsar á los anarquistas de su seno.

La ley de los pueblos civilizados amenaza dejar de ser igual para todos los hombres.

Los mismos Estados Unidos, la república que se vanagloria de haber formulado el código inmortal de los derechos del hombre, fulmina contra el anarquismo rayos de cólera y una parte inculta del pueblo sueña con el linchamiento y la barbarie.

Si nosotros pudiéramos reunir á las potencias como se reúne un cónclave de amigos, les diríamos:

Serenidad, señores, serenidad: Mal sientan los arrebatos de la pasión en los individuos, pero sienta peor en los Estados. Abominable es el crimen, cualquiera que sea el motivo con que se pretenda justificarlo; pero no es labor de los gobiernos secundario con la violencia, sino prevenirla con la justicia.

¿Qué es el tercer estado?—Preguntaba Sieyès. Y se respondía:

Nada.

¿Que debe ser?

Todo.

Aquel tercer Estado no se emancipó sino en parte, fué medida y precio de su emancipación el oro. El adinerado y el noble fueron desde entonces una misma cosa. Y el tercer Estado continúa no siendo nada y sigue debiendo serlo, sido todo, la más importante parte del todo.

Reyes, emperadores, presidentes de repúblicas, ¿qué habéis hecho por el tercer Estado?

Ahogar sus aspiraciones más legítimas, perseguirlo;

arrojarle la fe en todo ideal de orden y de prudencia: desespearlo.

Y cuando le habeis arrojado de la legalidad, os asombra que á la ilegalidad recurra.

¿Qué es el anarquismo?

No quiero, ni es preciso, examinar escuelas. Para la mayor parte de los anarquistas, precisamente para los que lobran, precisamente para los que ejecutan, no es una idea es un sentimiento, es el sentimiento de la fuerza reducida por arte de la diplomacia política á la impotencia; es la convicción de la superioridad del número traducido en ceros por la majestad del poder; es la protesta de la miseria y del hambre, de las privaciones inmerecidas; es la rebelión contra el bienestar de la holganza.

El anarquismo para gobiernos sensatos no es un mal, es un síntoma.

No nos acordemos de la tiranía alemana, olvidémonos de las estepas de Siberia rusa, tendamos un pelo sobre el Monarca de España, miremos solo á la república francesa á los republicanos Estados Unidos, y por la política de ambas repúblicas podemos formar idea de lo que será la de los imperios y monarquías.

Pone dique Francia á la propaganda de ideales, encarcela por sospechas, se protege en todas partes el capital contra el trabajo.

Los trust hablarán por nosotros en los Estados Unidos. A la asociación del trabajador, medida defensiva, se opone la asociación poderosa del capital árbitro de la soberbia, reto, provocación inicua á los esclavos del siglo.

Potencias del mundo, no tembleis como mujeres, meditaó como hombres.

No ataqueis el síntoma. Demostrad cuando menos, que quereis curar el mal.

F. PI Y ARSUAGA.

Leyes y Legisladores

La gran superstición política de lo pasado era el derecho divino de los reyes; la gran superstición política de hoy es el derecho divino de los parlamentos. El óleo santo parece haber pasado inadvertidamente de la cabeza de uno á la cabeza de muchos, consagrándolos á ellos y á sus decretos.

Por absurda que debamos reputar la primera de dichas creencias, hay que admitir que era más lógica que la última. Si nos retrotraemos al tiempo en que el rey era considerado como un dios, ó á los que se le creía hijo de un dios, ó á los que se pensaba que era un delegado de dios, se comprenderá que su voluntad fuera pasivamente obedecida. Cuando, por ejemplo, bajo Luis XV, teólogos como Bossuet enseñaban que los reyes "eran dioses y participaban en cierta manera de la independencia divina" ó cuando se creía, como bajo nuestros conservadores en los antiguos tiempos, que el rey era "el delegado del Cielo" es claro que de tales premisas debía desprenderse inevitablemente la conclusion de que el poder del Estado no

tiene ningún límite. Pero la creencia moderna carece estos fundamentos. No pretendiendo tener un origen ni una misión divina, el cuerpo legislativo no puede buscar en lo sobrenatural la justificación de sus aspiraciones á la autoridad ilimitada; por otra parte, tampoco ha intentado nunca dar una base natural á dichas aspiraciones. Por consiguiente, la creencia en la autoridad parlamentaria no tiene ni aún el carácter lógico de la antigua creencia en la autoridad ilimitada de los reyes.

Las leyes no son sagradas en sí mismas sino recibiendo exclusivamente el carácter de tales por la sanción moral, la cual, á su vez, se deriva de las leyes de la vida humana, en tanto se desenvuelve en el medio de las condiciones inherentes á la vida social; y he aquí la consecuencia: cuando carezcan de esta sanción moral, no tienen nada de sagrado y es lícito recusarlas aún en buenos principios de derecho.

HERBERT SPENCER.

"Música Prohibida"

— POR —

Alberto Ghirardo

— APARECERÁ EL SÁBADO PRÓXIMO —

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

• PRECIO 1 \$ m/n •

En venta en las Librerías y Kioscos de la Capital

Pedidos á la Administración de MARTIN FIERRO

1072, CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

LIBROS Y MILAGROS

CADA cual se divierte como el diablo, que es gran maestro, le da entender.

Unos buscan la alegría en el vino, otros en el sabroso pecado que hizo á Salomón perder la sabiduría; los hay que tiran de la oreja á Jorge, y muchos que, en esta época de grandes discursos y acciones mezquinas, juegan á costa del país. A mi me entretienen los libros devotos, y como hace tiempo he resuelto afirmativamente la pregunta de «si puede reirse la persona piadosa», me dedico en ratos perdidos á hojear tomos de esos que son como caricaturas de las obras de los grandes escritores músicos. Estos, aunque repugnen á la razón, están llenos de saber y algunos hasta de buena moral; pero los simples devotos al por menor no tienen precio, cuando uno quiere pasar un rato entretenido. Hé aquí algunos que pueden recomendarse contra terquedades de la tristeza y ataques de melancolía, pero teniendo en cuenta que á veces sus páginas no deben ser leídas por la hija ni la esposa, pues la devoción suele tener tendencias «pornográficas» de la peor clase posible.

Empezaré por recomendar el «Despertador del alma descuidada en el negocio máximo de su salvación»; las «Flores del yermo, pasmo de Egipto, asombro del mundo sol de Occidente, portento de la gracia, vida y milagros de San Antonio Abad», por el maestro Blas Antonio de Ceballos; «el Interior de Jesús y María»; la «Verdadera honda de David, ó sea el santísimo Rosario», del padre Martínez; el «Método práctico para hablar con Dios», del jesuita Franco; el «Verdadero sufragio universal, ó sea Pio IX y sus bodas de oro»; la «Escuela del amor, ó sea un mes de afectos en memoria de los treinta y tres años de vida mortal de Nuestro Señor Jesucristo»; los «Entretenimientos del corazón devoto», del padre Almeida; el «Astro brillante del nuevo mundo, fragante flor del Paraíso en jardín de América, ó vida de Santa Rosa de Lima»; el «Águila real, Fénix abrasada, Pelicano amante, historia pagueirica del inclito San Agustín»; el «Jardín del cielo plantado en el convento de Nuestra Señora de la Concepción de Braga»; y, por último, á guisa de despedida, citaré la «Lavativa mística contra indigestiones heréticas», sin olvidar el «Arco Iris de paz, cuya cuerda es la contemplación y meditación para rezar el santo rosario: su aljaba componen ciento doce flechas que tira el amor divino á todas las almas».

Con estos libros y el «Año Cristiano», hay para solazarse un rato. Y en prueba de ello, ahí van unos cuantos milagros, mortificaciones, suciedades y tonterías entresacados de sus capítulos:

El beato Bernardo de Curbón (1605) comenzó para demostrar devoción, por beber agua turbia y acabó por beber la de fregar los platos; en verano la tomaba muy caliente, y otras veces echaba en ella ajonjos y romero; luego se dedicó á comer de bruceas.

Santa Inés de Monte Puciano rezaba el Padre nuestro antes de saber hablar, y á los pocos meses, en mostrándole una imágen, brincaba de alegría como una cabra.

Cerca del convento en que vivía Santa Sendrina había una chaera llena de ranas: «su ronco estrépito» impedía la devoción. La santa las mandó callar, y los animales obedecieron. Hay quien asegura que lo que hicieron las ranas fué contestar *ora pro nobis* cuando Sendrina rezó al rosario.

San Toribio Megrobajo (1538) tuvo en cierta ocasión que vadear un río donde había caimanes: el mulo que montaba el santo se asustó, y le apeó por las orejas; y como Toribio no sabía nadar, comenzó á hacer grandes esfuerzos por no ahogarse. De pronto dos caimanes se arrojan sobre él; «Toribio levantó su corazón á Dios», y al pronto advirtió dos contrarios efectos: los

caimanes quedaron convertidos en roca, y el santo llegó flotando á la orilla, como si fuera de corcho.

San Ermergol, obispo de Urgel, quiso hacer en beneficio de viandantes un puente en Var, en los confines de Urgel y la Cerdaña. Púsose á trabajar; pero «en premio á su buen descao fué Dios servido por sus altos juicios», que estando sobre una viga se le fueron los pies, y cayendo sobre unos grandes peñascos se abrió la cabeza.

Santa Catalina de Sena pasaba la cuaresma sin otro alimento que la comunión, lo cual no tiene nada de extraño después de leer que el bienaventurado Nicolás de Flue, en Suiza, no tomó más alimento durante «quinze años» que la Sagrada Eucaristía. Pero, ¿qué es esto comparado con lo que le sucedió, según dice San Jerónimo, á Santiago el menor? A fuerza de orar hincado de rodillas, crió en ellas el santo el mismo callo que en tal sitio tienen los camellos.

En estos libros se hallan frases preciosas.

Hablando de lo difícil que es elevar el corazón al Señor, dice el autor de un «Curso» de instrucciones religiosas, que «el corazón se escapa, y la piedad queda en el aire haciendo movimientos falsos». Mas adelante dice, apropiado de las prácticas religiosas, que «el orden matemático tiene algo de opuesto á la caridad de Dios».

En «El hombre infeliz consolado», hay ideas como esta: «¿Qué noble convite sería para la inocencia calumniada sentarse á una mesa servida con lenguas de detractores! La mansedumbre cristiana rehusaría tal convite; pero no falta á los príncipes modo de cortar la lengua de los maldicientes sin el horror de la sangre.» Si esto no es echar de menos la Inquisición «que no derramaba sangre», so sabemos qué puede ser.

Convengamos en aquellos milagros y estas frases entresacadas de libros devotos, nada tienen que envidiar á los de las «falsas» religiosas. Las nuevas encarnaciones de Visnu-Buda atravesando el Ganges á caballo, las estatuas de Memnon que hablaban al ponerse el sol, y Mahoma partiendo en dos pedazos la luna, tienen mucha menos gracia que Santa Sendrina mandando callar á las ranas.

La lectura de estas sandeces, que podían servir de datos para la «Historia de la imbecilidad humana», resultaría deliciosa, si uno no pensara que los que creen ó fingen creer en ellas, son los mismos que mueven la guerra al progreso ensangrentando el mundo; raza execrable de devotos bufones prontos á transformarse en tigre.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



Las cosas del presente ante los hombres del porvenir.

A. WIERZ.

EL CURANDERO

BENITO MARCAS vivía en las afueras del pueblo de Tapalqué, en una de esas casuchas mezquinas improvisadas con escombros y sostenidas por troncos de árboles, que son en América la única morada del indio vencido y maniatado por la civilización.

A ambos lados de los caminos, que la lluvia convierte en aguazales, y que sólo dejan un paso en la orilla, junto á los cercos de tuna, se ven de trecho en trecho las viviendas de los antiguos reyes de la Pampa. A un costado de la choza, sobre un triángulo de hierro bajo el cual chisporrotean los troncos, está la olla que humea ó el calentador donde hierve el agua destinada al mate (1). Pocos pasos más lejos, el caballo pequeño de ancas flacas y costillas salientes. Alrededor de él, atraídas por el estiércol, las gallinas que picotean y se agrupan, hasta que las dispersa un movimiento del animal, que se defiende de los mosquitos con un chaquidito de la cola. En esta decoración semisalvaje, bajo los rayos del sol que cuece la llanura, dormita generalmente una familia de harapientos. Los hombres se cubren siempre alos y fuertes de tez cobriza y ojos altivos. Visten botas con espuela, cinturón, sombrero de alas anchas y un gran cuchillo al cinto. La mujeres llevan trajes de percal y un pañuelo atado á la cabeza. A veces hay dos ó tres niños descalzos, que juegan ó se disputan. Y los grupos, llenos de resignación, sentados en círculo alrededor de la lumbre, conversan perezosamente, absorbiendo por cánulas de metal el jugo oloroso de la hierba mate.

Benito Marcos pertenecía á una de esas familias de indios dóciles, que fueron los primeros en ceder á la invasión. Del carácter nativo sólo conservaba la ingeniosidad, que le permitía medir las distancias á simple vista, conocer los hombres por las huellas del paso y sorprender las virtudes de las plantas.

No tenía, como su vecino Juan Pedrusco, esa irritabilidad que, á pesar de todas las tiranías subsiste aún en algunos: como una reminiscencia de la bestia libre. El carácter de Juan Pedrusco era desconfiado y quisquilloso; el de Benito Marcos era franco y afable. Este se había dejado ganar por la civilización, resignado á su papel de vencido; aquél conservaba sus cóleras.

Cuando las tribus rebeldes que el ejército acosaba conseguían llegar hasta la población, saquear las iglesias y huir con el producto del robo en una calabacita loca por la Pampa, los ojos de Juan Pedrusco resplandecían de gozo. Benito Marcos veía el *matón* (2) con enfado, y explicaba en su jerga semiespañola, que aquellas luchas eran criminales y que valía más tener juicio.

Ambos trabajaban durante la época de la esquila en las haciendas comarcanas. Pero en los meses de descanso, mientras Pedrusco tejía laboriosamente sus cinturones, Marcos erraba por la llanura, recogiendo las raíces misteriosas que sólo él sabía distinguir. Del tronco de los árboles ó de la maleza que crecía al borde de los pantanos extraía algunos medicamentos que, combinados, según fórmulas heredadas de su padre, servían para curar más de una dolencia. Las gentes le llamaban el curandero, y él se dejaba llamar así. Por aquél tiempo solo había un médico en Tapalqué. Y los campesinos preferían los comicmentos del indio á las drogas de la farmacia, quizá porque imaginaban en aquellas no sé qué extrañas virtudes de brujería.

**

La primera idea de Juan Pedrusco, cuando su mujer cay enferma, fué ir á casa de Benito Marcos y exponerle el caso. Y no es que le agradase la idea de encontrarse con aquel vecino. Marcos había cortejado en su juventud á la mujer de Pedrusco, y éste no había olvidado la aventura. Es verdad que ella era entonces soltera, es verdad que había despedido al pretendiente para unirse con Pedrusco; pero todo ello no le impedía sentir cierto escozor al pronunciar el nombre de su rival. Marcos se había casado después con otra mujer y el tiempo había desvanecido la ojeriza. Pero sólo una enfermedad pudo decidir á Pedrusco dar aquel paso.

Después de algunas vacilaciones hizo chasquear su rebenco sobre las ancas sucias de su caballo, y se lanzó al galope por el camino que las últimas lluvias habían hecho intransitable.

Las puntas del pañuelo rojo que llevaba al cuello flotaron al sol como mariposas sobre las espaldas maicizas del indio. Bajo el sombrero de alas anchas brillaron sus pómulos salientes, su frente estrecha y sus dos ojos bestiales y esquivos, que tenían el resplandor fugaz de una navaja que se esconde.

Cuando llegó á la vivienda de Marcos saltó ágilmente, abandonó las riendas sobre el cuello del animal y entró. Como nadie se le recibiera, llamó con las manos y pronunció el saludo de rigor:

—Ave María...

Una india joven y hermosa asomó por la puerta y sonrió al recién llegado.

(1) Infusión de hierba que se toma en una calabacita y se aspira con un tubo metálico.

(2) Grupos de indios semisalvajes que suelen entrar en los pueblos arrasando lo que encuentran á su paso.

Marcos salió enseguida, muy afable. Era un hombrecillo pequeño, de fisonomía melancólica, uno de esos indios de selección á quienes sólo ha faltado la escuela para competir con el civilizado. Tenía ojos muy vivos, rasgos regulares, y en el corte de la boca cierto sello de distinción y aristocracia.

La tarde era espléndida, y el campo extendía su planicie interminable, salpicada de trecho en trecho por una vivienda mezquina, un grupo de animales ó un ginete que desgarraba la línea del horizonte con su silueta de centauro...

Marcos y Pedrusco se pusieron en cuclillas junto á la fogata donde hervía el calentador y comenzaron á absorber sendos mates.

El contraste era curioso. Ambos tenían alrededor de cuarenta años; pero mientras Pedrusco mostraba una cara vulgar, de rasgos duros, y un cuerpo sólido de atleta primitivo, Marcos denunciaba una naturaleza más delicada, más perfecta, como si aquellos dos sobrevivientes de una nación prolongaran después de la catástrofe sus anteriores jerarquías.

Pedrusco aceptó un cigarrillo, y explicó los síntomas de la enfermedad.

El mal no había sido al principio más que una inflamación sin importancia en el brazo derecho, una ligera molestia para accionar, y á veces un dolor agudo y prolongado. Pero la enferma adelgazaba, tenía fiebre y perdía el apetito y el sueño. Los rasgos de su fisonomía se alteraban. El brazo estaba hinchado; la piel, tendida y brillante. El día anterior se le había abierto una llaga á la altura del codo. Y á la sazón se encontraba sin poder trabajar y moverse.

Marcos pareció reflexionar. El asunto era más serio de lo que Pedrusco suponía. Tras un último mate, que absorbió de pié, ensilló su caballo y partieron.

**

La noche comenzaba á caer sobre la Pampa, y bajo el cielo lleno de nubes reinaba esa silenciosa solemnidad de los crepúsculos de América. La tierra, ensangantada á trechos por las últimas llamaradas del sol, se confundía en el horizonte con las nubes. Y la humareda del atardecer subrayaba la tristeza de los árboles solos, de las casas pobres y los caminos desiertos, donde resonaban de una manera siniestra los relinchos salvajes de los caballos.

La choza de Pedrusco no estaba á mucha distancia de la de Marcos, y consiguieron llegar antes de que cerrara la noche.

En una habitación gris y mal oliente, que servía al propio tiempo de comedor y de alcoba, se amontonaban los pocos muebles en ruina que componían el ajuar del matrimonio. El techo era tan bajo que casi lo rozaban las cabezas. El piso era de tierra blanda. La enferma, una india fornida, joven aún, cuyo rostro contraído denunciaba á pesar del sufrimiento una energía salvaje, estaba acostada sobre un jergón, envuelta en algunas ropas...

Marcos cogió la vela de sebo que ardía sobre la mesa y la acercó á la cama. Los cabellos negros y lacios de la mujer tomaron un reflejo azul bajo la repentina claridad. Haciendo un esfuerzo brusco, se irguió; y sin levantar los ojos para ver al recién llegado, sin articular una palabra, con una entidá glacial, descubrió su brazo desnudo y libre donde, á la altura del codo, suprababa una fistula.

Marcos se puso de rodillas junto al lecho para ver mejor. Sus dedos huesudos oprimieron la llaga y brotó una veta de pus amarillo... Después se apoyó sobre el hombro, y la enferma contuvo un lamento...

Cuando salieron al campo, que la luna bañaba completamente, Pedrusco quiso hacer una pregunta: pero Marcos se lo impidió y le llevó más lejos, para que la enferma no pudiese oír...

—Es un tumor maligno—dijo en voz baja.

Y explicó cómo se producen esas infecciones que se atacan á la sangre y que un golpe ó un trabajo exagerado hacen salir á la superficie. El mal no está en la piel, sino en la cavidad de la articulación, que se inflama primero, se llena de agua después y acaba al fin por ulcerarse...

El indio miró al curandero con inquietud.

—Pero pasará...—dijo—como si todas aquellas explicaciones fueran ociosas.

—No lo sé—repuso Marcos pesadoso—; si el mal no está más que en el brazo...; pero si el mal está en todo el cuerpo...

Pedrusco levantó los ojos con sorpresa. ¿Cómo? ¿No era posible cicatrizar esa pequeña llaga del tamaño de la yema del dedo? ¿No había un comicmento ó un emplastro para combatirla?

En su cerebro de primitivo nació la idea de la tralación. Un curandero que se había hecho famoso en la comarca por sus habilidades, no podía ignorar la manera de acabar con un mal tan secundario. Le asaltó el pensamiento de que Marcos quería vengarse de su derrota en amor.

Entonces trató de insistir, de arrinconar al adversario y de obtener una promesa...

—Pero tu sabrás curarla...—dijo, buscando en la noche los ojos de su antiguo rival.

—Haré lo que pueda—contestó el curandero, subiendo de un salto a su caballo y disponiéndose a partir.

—Harás lo que quieras...—pensó el indio caviloso, en quien aquella rápida sospecha se había hecho carne.

Marcas, que era perspicaz, advino la situación y se alejó lleno de amargura. La mujer de Pedrusco, con la que sólo había tenido un rápido devaneo hacía más de quince años, le era completamente indiferente. Casado y padre de dos hijos, su vida había tomado otro rumbo. Apenas recordaba, en las lejanías de su juventud, la contrariedad pasajera de un rechazo que olvidó muy pronto, y que no había lamentado nunca. Pero le lastimaba la idea de que pudieran creerle capaz de aquella infamia...

..

Sin embargo, al día siguiente llamó muy de mañana a la puerta de la choza de Pedrusco. Traía algunas hierbas que según él, debían producir un efecto caustico. Con una dignidad llena de reserva las dispuso y las cocinó lentamente en su hornillo. Después lavó y vendó la llaga, hizo algunas recomendaciones y se fué, tratando de evitar las preguntas y las exigencias de su vecino.

Durante una semana se presentó todos los días a la misma hora y ensayó diversos cocimientos que no dieron resultado. La fistula se agrandaba cada vez más, la debilidad de la enferma era mayor y la parálisis parecía apoderarse de todo el cuerpo. En vano echó mano el curandero de todos sus recursos. Las pomadas y los emplastos eran anodinos. Aquella medicina primitiva, basada en tradiciones y auxiliada por emolientes, no podía intentar una lucha contra un cánter blanco que el mejor médico no hubiera podido cicatrizar.

Pedrusco le detuvo una mañana al salir y le habló brutalmente. ¿Qué medicamentos eran esos que sólo conseguían empeorar la enfermedad? ¿Se imaginaba él acaso que era posible jugar así con una vida? El, Pedrusco, no estaba dispuesto a tolerarlo. Quería a aquella mujer y sabría defenderla.

Marcas trató de explicarse y de prevenir las cóleras. Confesó su impotencia ante un mal incurable. Dijo que había hecho cuanto era posible. Y comprendiendo el drama que hervía dentro de aquel hombre, resolvió no volver. Desde ese día evitó encontrarse con Pedrusco y siguió hilando en

al soledad su pobre vida obscura de ser intermedio entre la civilización y la barbarie.

..

Pasó un mes y Marcas no pudo olvidar el incidente.

Una noche en que se había acostado más tarde que de costumbre, creyó oír un ruido en las cercanías de la choza. El perro lanzaba ladridos inusitados. Parecía que alguien trataba de llegar hasta la habitación.

Marcas impuso silencio a su mujer, empujó su largo cuchillo de campaña, y aguardó en la sombra...

Hubo un momento de silencio, como si el que venía hubiera vacilado un instante ante la puerta cerrada.

El curandero tuvo, sin saber por qué, la intuición de una venganza de Pedrusco. Se resignó a todo. No había medio de huir. La única salida era la puerta, y detrás de la puerta estaba el peligro.

Una mano vigorosa trató de hacer saltar la cerradura, que resistió más de lo que Marcas esperaba. Cuando el obstáculo cedió al fin y la puerta se abrió de golpe, los dos hombres se encontraron frente a frente iluminados por el mismo rayo de luna...

Marcas hubiera querido explicarse, convencer, gritar la verdad, que le saltaba en la garganta; pero una palabra despertó en él todos sus atavismos.

—¡Cobarde!—le había dicho Pedrusco al verle vacilar.

Y no pudo contenerse...

Los dos indios se precipitaron en un choque feroz que juntó los cuerpos, enroscándolos en una sola dentellada del instinto. Los brazos forcejearon hasta crujir, y Marcas, más débil, cayó... Entonces Pedrusco, que había conseguido de pie, le clavó el puñal tres veces.

Sólo se oyó un gemido... uno solo... y reinó una gran inquietud en la solemnidad de los llanos. La luna, helada y redonda, vertía un resplandor celeste sobre la tierra dormida. Se hubiera dicho que nada había ocurrido, y que la escena fué una visión que la claridad desvanecía en su triunfo.

Cuando Pedrusco se disponía a huir, sonó un disparo de arma de fuego que partía del fondo de la pieza. La mujer de la víctima trataba de vengarse, pero sus manos eran torpes y el asesino logró escapar. La india, al correr tras él, sólo vio la silueta de un jinete que se perdía en la noche. Era la fuga de la barbarie por los campos sin límites, que extendían su silencio como una eternidad.

MANUEL UGARTE.

BIBLIOGRAFÍA

Biblioteca «La Protesta».—Acaba de publicarse el volumen 1.º de esta biblioteca.

Al iniciar con este, la serie de folletos de propaganda libertaria dicen los editores: “nos ha parecido oportuno elegir *Ni Dios ni Patria*, porque á nuestro juicio, este es uno de esos folletos que por la elevación de sus conceptos y la elegante sencillez con que el tema está tratado, hace de él uno de los mejores y más útiles trabajos para desechar de la mente del obrero, esos dos grandes prejuicios,—que por espacio de tantos siglos han venido pesando sobre la humanidad, *Patria y Religión*.”

Para completar este folleto, haciendo más extensa su lectura, hemos agregado un pequeño trabajo, sin mayores pretensiones, sobre *Métodos de lucha*.”

Precio del volumen 10 centavos. Dirigirse á Córdoba 359, Imprenta de *La Protesta*—Buenos Aires.

Feminismo.—Por Luis Bonaparte—Un volumen interesantísimo de cuya índole se podrá dar cuenta exacta el lector por el capítulo que transcribimos en el presente número, Santa Fé—Imprenta *Nueva Epoca*—San Martín y Moreno.

LECTURAS

Todo los hombres tienen hambre, es la ley de la naturaleza. Todos deben comer, es la ley de justicia. Todos comerán, es la ley esperada. Para realizarla sin deportación, sin revolución y sin trastorno social, ¿qué nos falta? La voluntad de obrar como sentimos.

CLÉMENCEAU.

Tipos Modernos....



La Devota.—A las ocho en Las Victorias—A las nueve en San Miguel—Pero no puede decirse—Donde va á estar á las diez.

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES



BIER-CONVENT



CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA



SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

9

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

**GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES**

Corrientes, 990 Buenos Aires

10

Ghinaldo & Cia.

**EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS**

Calle SAN MARTIN, 253

*** BUENOS AIRES ***

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

11

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

*** BUENOS AIRES ***

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

**Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS**

**LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO *****

CATÁLOGO GRATIS

12

"El Malacara" * Almacen
y Fiambrería
de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

16



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL
MANDOLINISTA" ó "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470

18